

ABRAHAM JOSHUA HESCHEL

Hasta su muerte en diciembre de 1972, el rabino Heschel, autor de muchas de las principales obras teológicas, fue profesor de Ética y Misticismo en el Jewish Theological Seminary (Seminario Teológico Judío). Tomado de Face to Face. Vol. III-IV, Otoño - Invierno 1977.

La misión encomendada a los judíos es un llamado al judío individual para mostrar el compañerismo, la dignidad, la historia sagrada de su pueblo. Muy pocos cristianos parecen comprender lo que implica moral y espiritualmente resitir el peso de tales actividades. Somos judíos como somos hombres. La alternativa de nuestra experiencia como judíos es un suicidio espiritual, la extinción. No es el reemplazo de una cosa por otra. El judaísmo tiene aliados mas no sustitutos.

El portento de Israel, el prodigio de la existencia judía, la supervivencia de la santidad en la historia de los judíos, es una verificación continua del prodigio de la Biblia. La revelación de Israel continúa siendo una revelación a través de Israel.

Federico el Grande le preguntó al pastor protestante Christian Furchtgotte Gellert: "Herr Professor, deme un testimonio de la Biblia, pero rápido, porque tengo poco tiempo". Gellert respondió, "Su Majestad, los judíos".

Por cierto, ¿no es la existencia de los judíos una prueba del Dios de Abraham? ¿No es nuestra lealtad a la ley de Moisés, una luz que continúa iluminando tanto a las vidas de aquéllos que la cumplen como a las de aquéllos que son conscientes de ella?

El padre Gustave Weigel pasó la última tarde de su vida en mi estudio del Jewish Theological Seminary. Nos confesamos nuestras plegarias y nuestras contriciones y hablamos de nuestras deficientes, fallas y esperanzas. En cierto momento planteé una cuestión: ¿Es verdadero el deseo de Dios de que no haya más judaísmo en el mundo? ¿Sería real el triunfo de Dios si los rollos de la Torá no fueran más sacados de las arcas y la Torá no fuera más leída en la sinagoga, si las plegarias de nuestros antepasados hebreos veneradas por el mismo Jesús no fueran más recitadas, si el Seder de Pesaj no se celebrara más en nuestras vidas, si la ley de Moisés no fuera más observada en nuestros hogares? ¿Sería verdaderamente *ad maiorem Dei gloriam* la existencia de un mundo sin judíos?

Mi vida está regulada por muchas lealtades —a mi familia, a mis amigos, a mi pueblo y a la Constitución de los Estados Unidos—. Cada una de mis lealtades tiene su base fundamental en una relación final: lealtad a Dios, la lealtad de todas mis lealtades. Esa relación es el pacto de Sinaí. Todo lo que somos se lo debemos a El. El nos ha enriquecido con dones de discernimiento, con el regocijo de momentos plenos de bendición. El también ha sufrido con nosotros en los años de agonía y congoja.

Ninguno de nosotros pretende ser el contador de Dios y Su propósito, por cuanto la historia y la redención siguen siendo un misterio ante el cual debemos sentir terror. Es tan impertinente afirmar que la negativa de los judíos de aceptar a Jesús como el Mesías se debe a su obstinación o ceguera, como sería presuntuoso para los judíos no admitir la gloria y la santidad de las vidas de los innumerables cristianos. "El Señor está cerca de todos los que Le invocan, de todos los que Le invocan sinceramente" (Salmos 145:18).

Afortunadamente hay algunas importantes voces cristianas que se han manifestado al efecto de que las actividades misioneras entre los judíos fueran abandonadas. Reinhold Niebuhr puede haber sido el primer teólogo cristiano que, en una sesión plena del cuerpo de profesores de la "Union Theological Seminary" (Seminario de la Unión Teológica) y del "Jewish Theological Seminary" (Seminario Teológico Judío), declaró que las misiones son "actividades incorrectas no sólo porque son inútiles y dan pocos frutos como para vanagloriarse de sus esfuerzos. Son incorrectas porque ambas creencias son, a pesar de sus diferencias, lo suficientemente parecidas para que el judío encuentre a Dios más fácilmente, en términos de su propia herencia religiosa que sometiéndolo a un albur de sentimientos de culpa que implica la conversión a una fe que, cuales fueran sus excelencias, debe parecerle el símbolo del culto opresivo de la mayoría... Prácticamente nada puede purificar el símbolo de Cristo como la imagen de Dios en la imaginación del judío, porque la corrupción con la que en muchas épocas de opresión cristiana se ha hecho en el nombre de Cristo lo ha depravado". Paul Tillich dijo una vez:

Muchos cristianos sienten que tratar de convertir a los judíos... es una cosa cuestionable. Ellos han vivido y hablado con sus amigos judíos por décadas. No los han convertido pero han creado una comunidad de conversación que ha alterado a ambos lados del diálogo.

Una declaración sobre "relaciones con la Iglesia Católica Apostólica Romana" hecha por el Central Committee of the World Council of Churches (Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias) en su reunión en Rochester, New York, en agosto de 1963 dice que el proselitismo es una "causa de ofensa", un problema "que debe ser enfrentado con franqueza si el diálogo sincero es posible".

Los antiguos rabinos proclaman: "Los hombres piadosos de todas las naciones tienen un lugar en la vida que vendrá". "Pido al cielo y a la tierra que testifiquen que el Espíritu Santo descansa en cada persona, judío o gentil, hombre o mujer, amo o esclavo en relación con sus hechos".

La santidad no es el monopolio de alguna religión o tradición en particular. Dondequiera que el hecho se haga de acuerdo con el deseo de Dios, dondequiera que el pensamiento del hombre se dirija a El, allí está lo santo.

Los judíos no sostienen que la única manera de llegar a Dios es por el camino de la Torá. "Deja que todos los pueblos anden cada uno en el

nombre de sus dioses, pero nosotros andaremos en el nombre del Señor nuestro Dios para siempre y eternamente". (Miqueas 4:5).

Las principales autoridades judías, tales como Yehuda Halevi y Maimónides, reconocen que el cristianismo es *preparatio messianica* (preparación para el advenimiento del Mesías), mientras que la Iglesia considera que los antiguos judíos han sido una *preparatio evangelica* (preparación para el Evangelio). De este modo, mientras que la doctrina cristiana considera a menudo que el judaísmo ha durado más que su vida útil, a los judíos como candidatos para la conversión, la actitud judía nos permite reconocer en el rol del cristianismo la presencia de un plan divino dentro de la historia de la redención. Yehuda Halevi, aunque crítica al cristianismo y al islamismo por conservar vestigios de antiguas idolatrías y fiestas ("también veneran lugares sagrados para ídolos"), compara a los cristianos y a los mahometanos con prosélitos que adoptan las raíces pero no las ramas (o las conclusiones lógicas de los diez mandamientos). "La juiciosa providencia de Dios hacia Israel puede compararse con la siembra de una semilla de maíz. Se la coloca en la tierra, donde parece transformarse en suelo, agua y putrefacción hasta que no puede ser reconocida nunca más. Pero en verdad es la semilla la que ha transformado la tierra y al agua según su propia naturaleza, y luego pasa de un estado a otro, transforma los elementos, y brotan pimpollos y hojas... Lo mismo sucede con los cristianos y con los musulmanes. La ley de Moisés los ha convertido hasta el punto tal que entran en contacto con ella, aunque parezcan haberla desechado. Esperamos que estas religiones sean la preparación y el prefacio para el advenimiento del Mesías, quien es en sí mismo el fruto de la semilla sembrada originariamente, y todos los hombres serán también el fruto de la semilla de Dios cuando Lo reconozcan y se transformen en un árbol poderoso".

Maimónides expone una perspectiva similar en su autorizado Código: "Desentrañar los designios del Creador está más allá de la mente humana; porque nuestros modos de obrar no son los Suyos, ni nuestros pensamientos son los Suyos. Todos estos asuntos relacionados con Jesús de Nazareth y el ismaelita (Mahoma) que vino después de él, sirvieron para esclarecer el camino para el Rey Mesías, para preparar a todo el mundo para adorar a Dios con un convenio, como está escrito, *Para entonces me dirigiré a los pueblos en un lenguaje puro, para que todos invoquen el nombre de Dios, sirviéndole de común acuerdo* (Sof 3:9).

El cristianismo y el islamismo lejos de ser accidentes históricos o un fenómeno puramente humano, son considerados como parte del designio de Dios para la redención de todos los hombres. El cristianismo se ajusta a la última significación al reconocer que "todos estos asuntos relacionados con Jesús de Nazareth y Mahoma... sirvieron para esclarecer el camino del Rey Mesías". Además del papel de estas religiones en el plan de redención, sus logros en la historia son explícitamente confirmados: Aunque ellos: "la esperanza mesiánica, la Torá, y los mandamientos se han transformado en temas familiares... (entre los habitantes) de islas lejanas y de muchos pueblos". En otro lugar Maimónides reconoce que "los cristianos creen y profesan que la Torá es la revelación de Dios (Torá min

ha-shamaim) y dada a Moisés en la forma en que ha sido preservada; la tienen escrita por completo aunque frecuentemente la interpretan en forma diferente".

¿Cuál es, por lo tanto, el propósito de la relación interreligiosa? No es ni alabarse ni refutarse la una a la otra, sino ayudarse mutuamente; compartir conocimientos y aprendizaje, cooperar en operaciones académicas en los más altos niveles de ilustración, y lo que es aún más importante, buscar en el desierto los manantiales de devoción, de los tesoros de la quietud, del poder del amor y cuidado del hombre. Lo que se necesita urgentemente, son formas de ayuda mutua en el terrible predicamento de aquí y ahora por el coraje de creer que la palabra del Señor perdura para siempre tanto aquí como ahora, cooperar tratando de causar una resurrección de la sensibilidad, un renacimiento de la conciencia, mantener las centellas divinas en nuestras almas, fomentar la sinceridad al espíritu de los Salmos, reverencia a las palabras de los profetas, y fidelidad al Dios Eterno.

(Extractado, con autorización de *Disputation and Dialogue: Readings in the Jewish-Christian Encounter* editado por Frank Talmage, Ktav y ADL, 1975, págs. 335-339).

Traducción: Graciela Zelechowski